nando en el último el premio de composición y pintura, dejando en todos ellos memoria de sus travesuras, aguzando cada vez más el ingenio, y adiestrando su mano en el dibujo humorístico y satírico, hacia el cual le empujaba su propia naturaleza. Antes de que le apuntase la barba gozaba ya celebridad; y siendo todavía estudiante, el caricaturista Virginio le propuso que dibujase para el *Fischietto*, en donde por entonces escribían Chiaves, Bersezio, Piacentini y Cesana: aquel Cesana—el Teja de la pluma—que hoy mismo hace brillar aún en las columnas del *Pasquín* su prosa límpida y alegre como un arroyuelo en cuyas aguas sonríe el sol.

Cesana mismo y Piacentini dieron á luz más tarde el *Pasquín*, periódico caricaturesco, de carácter social, que no se debía mezclar en política para que tuviera libre circulación en toda Italia. Confiáronselo á Teja, que cumplía á la sazón veinticinco años. El primer número se publicó el 27 de Enero de 1856, pocos días antes de que el conde de Cavour saliera para el Congreso de París. Colaboraron en él desde el principio Seismit-Doda y Piolti de Bianchi, y durante algún tiempo dibujaron Virginio y Redenti. Después toda la parte artística recayó sobre Casimiro Teja, que hizo del *Pasquín* una cosa propia; y aquel bendito año de 1859 cum-

plió su obra empujando el periódico hacia la política, para la cual no había nacido, pero que, gracias á ella, vivió, creció y no morirá.

*
* *

Hace más de cuarenta años, por consiguiente, que no cesa el infatigable lápiz de Teja. Ahí están esos treinta volúmenes de dibujos, que son casi toda su obra. Hojead la colección del *Pasquín* desde el año 1859 al 1885: es una historia dibujada de Turín y de Italia que los futuros historiadores harán muy mal en olvidar. Allí encontraréis representados centenares de veces nuestros principales hombres políticos, en todas sus transformaciones morales y físicas, y en todas sus vicisitudes; podéis seguirlos paso á paso en el largo viaje desde el palacio Carignano á Montecitorio; verlos envejecer por grados, encanecer, cargarse de espaldas, morir, y muchos de ellos reaparecer luego paulatinamente en forma de fantasmas y de estatuas. Es interesantísimo el poder seguir, dibujo tras dibujo, aquellas lentas transfiguraciones. ¡Oh! los hermosos Depretis, con las enmarañadas y negrísimas barbas, los seductores Mancini, los graciosos

Minghetti, los rozagantes Crispi de los primeros *Pasquines*, ¿quién os reconocerá en los últimos?

Adelante, de volumen en volumen, de quinquenio en quinquenio, todos se marchitan; el único que permanece siempre joven es Teja. Hojead, hojead: allí encontraréis nuestros inesperados éxitos festejados, en cuadros llenos de orgullo y de gozo; todos nuestros errores, todas nuestras simplezas, puestas á la vergüenza; nuestras desventuras, la muerte de nuestros grandes hombres, lloradas en vastos dibujos simbólicos, llenos de triste y hermosa poesía; y entre estas graves imágenes, ante muchas de las cuales sentís humedecerse vuestros ojos, intercaladas las más extravagantes transformaciones del figurín de la moda, las locuras de treinta carnavales, la epopeya heróico-cómica de la milicia nacional, las ridiculeces y las miserias de todas las clases sociales, y un millón de garrapatos, de graciosísimas bufonadas, de deliciosos caprichos de la imaginación, vertidos en la piedra por una mano que rebosa juventud.

Continuad hojeando: tropezaréis también con soberbias y victoriosas respuestas á insolentes caricaturas extranjeras, nobles llamamientos de concordia en los momentos de mayor peligro; á veces, estridentes carcajadas bajo las cuales se adivinan lágrimas de dolor y de rabia, y va-

lerosos impulsos de desprecio contra la pasión popular amenazadora é impetuosa, ó contra hombres poderosos injustamente glorificados, y encontraréis de todo; mas nunca el insulto con la censura, jamás el odio oculto bajo la pasión, ni la venganza bajo el castigo. El fondista de una estación de ferrocarril amenazó á Teja con acabar con él, porque entre unas «impresiones de viaje» había reproducido el perfil de su mujer, y no sé qué señor pagó á un carnicero para que le devolviese tantas cuchilladas como trazos había hecho con su lápiz; pero no debían ser muy atroces las ofensas, pues el fondista se aquietó, el carnicero ni siquiera se movió, y el lápiz continuó deslizándose libremente sobre el papel.

Lo cierto es que todos los adversarios á quienes estampó en el *Pasquín*, todos, sin excepción, pueden apretar su mano: la simpatía que inspira su nombre en todas partes prueba bien que ejerce su misión noblemente; ni sería posible que bajos y duraderos rencores pudieran aliarse con un sentimiento tan ingenuamente alegre del arte, arraigado en un corazón tan ardiente de ciudadano. Así es en la vida, en el círculo de sus más íntimos amigos. Es cierto que se acalora á veces de improviso contra sus adversarios políticos, y truena y ruge, encendiéndose su semblante; pero jamás brilla en

sus ojos una chispa siniestra, ni destila su boca una gota de veneno, por más que agite violentamente sus cortos brazos por cima del cono truncado que cubre su cabeza. Desahogada toda la furia por deber de conciencia, mete la cabeza entre los hombros, medita bebiendo un sorbo de vino de Barolo, y, serenándose el semblante de pronto, todo ha concluído.

*
* *

He aludido á un gesto habitual en él. ¡Ah! la mímica de Teja es una de las cosas más extraordinarias y agradables que se puede imaginar. En Turín se ha hecho famosa. Sería preciso constituir una sola persona con un orador andaluz, un campesino napolitano, un narrador árabe y un sordo-mudo nervioso, para formar algo semejante á aquella gesticulación.

Al comenzar su relación se contiene; no cesa de rozar las manos sobre la mesa, como si fuera un conferenciante que trabaja por coger el hilo; pero acalorándose luego rápidamente, ensancha y complica los movimientos, náda, se confunde, tira á la esgrima, salta en pie y se pára de golpe al lado de la silla, da vueltas con los puños sobre su cabeza, como si hiciera girar por el aire dos fustas, y patea con los pies como cuando se trata de fingir que se persigue á un muchacho; y al mismo tiempo imita todos los sonidos y todos los rumores que la relación exige, con tal manía por dar á entender y sentir todo lo que dice, que con frecuencia su discurso se convierte en determinados momentos en gestos y voces onomatopéicas, sin una sola palabra; y le domina un sentimiento tan vivo del asunto, que para nada se cuida de si le rodean curiosos que no le conozcan, y á quienes pueda resultar extraña, ya que no una locura, aquella agitación. En tales ocasiones parece como elevado y arrebatado luego por un soplo tempestuoso de cómica inspiración, y como si tocara diez instrumentos á la vez; y todavía cree que no poseen sus imágenes todo el vigor debido, y quisiera disparar un pistoletazo ó hacer estallar algún petardo, si los hubiere á mano, para expresar con mayor fuerza su propio pensamiento.

Llega á tal punto esta especie de furor imitativo, que, deslizándose por entre los amigos que en torno suyo forman círculo, corre en derredor del salón de un café ó por la calle, metiéndose por medio de las asombradas gentes, que ríen á carcajadas, para representar la fuga de un viajero á quien le entra el mareo sentado á la mesa del comedor, ó el galope de un sas-